

ver en él el exponente de una versión moderada del despotismo ilustrado o, mejor, un predecesor de la escuela doctrinaria —los moderados del siglo XIX—, influidos por Burke o Tocqueville. Pero, a la postre, la interpretación original de Fernández de la Cigüeta resulta convincente porque muestra, con gran aparato documental, lo que Jovellanos fue realmente en su momento, y no lo que podríamos sospechar desde la óptica actual, desde el caleidoscopio de nuestro conocimiento de las posturas políticas e ideológicas que aflorarían más adelante, sumisas ya a los imperativos de la revolución, y que él nunca hubiera avalado.

«Jovellanos está —concluye el autor— donde sus escritos le colocan que no es otro lugar que el del pensamiento contrarrevolucionario y tradicional español. Y los que a este pensamiento nos sentimos vinculados debemos enorgullecernos de que esta figura señera, en un siglo de mediocridades, se encuentre a nuestro lado».

Cierra el libro un espléndido apéndice de bibliografía comentada que constituye un verdadero «estado de la cuestión» sobre la figura de Jovellanos. En sus páginas hallará el lector una síntesis y un análisis crítico cuidadosamente elaborados de las valoraciones más relevantes emitidas hasta la fecha sobre el personaje, las que coinciden con los puntos de vista del autor —Menéndez y Pelayo, Casariego, Sánchez Agesta—, o las que discrepan en mayor o menor grado —Sarrailh, Palacio Atard, Artola—. Y referencias de suma utilidad a los eruditos —Julio Somoza, Hilario Yaben, etc.— que han contribuido a un mejor conocimiento del célebre asturiano y de sus fuentes.

ANDRÉS GAMBRA.

Germán Arciniega: AMERICA EN EUROPA ()*

Un ensayo brillante, erudito, excoletemente escrito y sumamente peligroso para el que lo lea sin discernimiento, éste de Germán Arciniega. Frente a la tesis tradicional de Europa descubriendo y civilizando a América, evitando deslizarse en vulgares indigenismos insostenibles, el autor pretende presentarnos la gran deuda de Europa con América. Y ante una realidad incontestable, pura evidencia para cualquier viajero que al llegar al continente americano podría afirmar, salvo el marco físico:

(*) Plaza y Janés, Editores-Colombia Ltda., Bogotá, 1980, 303 págs.

esto es Europa, Arciniegas pretende que lo mejor de Europa es América. Y como el estilo es sugerente y la pretendida documentación abundante, puede haber lector que se lo crea.

América es Europa en su fe: católica o protestante. En su idioma: español, portugués, inglés, francés..., con lo que ello significa en el ámbito literario. En su raza: absolutamente en algunos países (Argentina, Chile, Uruguay, Canadá). Con un fuerte componente africano en otros (Estados Unidos, Cuba...). Y en los que existen grandes contingentes aborígenes, el peso político y social recae sobre lo europeo. Lo europeo, sea impuesto en la fusión con lo indígena, o eliminando esa componente, o por simple mimetismo extiende su influencia. Europeos son nombres y apellidos, pautas sociales, modelos políticos. Lo que no puede decirse de África o de Asia es verdad en América. América es hija de Europa, con peculiaridades propias, sin duda, pero hija indudable.

Germán Arciniegas, que no se llama Cuautemoc, ni Tupac, ni Toro Sentado, que por su fotografía parece un español, o un francés, o un italiano, que escribe —y muy bien— en castellano, pretende cambiar el sujeto acreedor en deudor. La contraportada resume la tesis: «A partir del descubrimiento no ha habido cambio fundamental en Europa sin que la presencia de América sea decisiva para cada nuevo planteamiento. La ciencia moderna, la filosofía cartesiana, el arte barroco, las costumbres, son productos del fenómeno americano que se impone en el Viejo Mundo». Y ello tampoco es verdad.

Qué duda cabe de que el descubrimiento dejó huella indeleble en Europa. De allí vino el oro y la plata, el maíz, el tabaco y la patata. Allí acudieron enormes contingentes de europeos. Los gobiernos se enfrentaron por América. Los pobres soñaron con la fortuna, los soldados con la gloria y los misioneros con las almas. Pero, salvo eso, casi todo lo demás es falso. La gran polémica lascasiana es típicamente europea. Los indios eran sólo el objeto de la discusión. La utopía de Tomás Moro, una construcción literaria absolutamente europea, con claros antecedentes previos al descubrimiento. El buen salvaje una ficción insostenible para cualquiera que supiera de ellos y una justificación falsa de principios políticos nacidos en Europa. La sublevación de las colonias inglesas, de enorme repercusión en Europa, fue hecha por europeos y con mentalidad europea. Y lo mismo hay que decir de la independencia hispanoamericana. A lo más, América fue pretexto o literatura. El dato que Arciniegas aporta de la *Enciclopedia* me parece básico.

Olavide o Mejía Lequerica, que Arciniegas sobrevalora y, en el caso de Olavide, omitiendo un dato fundamental, como es su conversión final y el haber escrito *El Evangelio en triunfo*, no pasan de ser dos españoles de ultramar llegados a una patria que era absolutamente suya: España. Y que como a hijos les recibió. Macanaz tiene tanto que ver con América como con el Kurdistan. Americanizar a Garibaldi es como africanizar a Napoleón porque estuvo en Egipto o murió en Santa Elena. Y así todo. Los ejemplos más típicamente americanos, un Benito Juárez, por ejemplo —y se llamaba Benito y Juárez— en su actividad política no fue más que un puro remedo de los liberales masones y anticatólicos europeos.

Esa América, por otra parte, la disociada de las raíces religiosas que España y Portugal llevaron a esas tierras, y que tanto fruto dieron, es con la que Arciniegas sintoniza y a la que ensalza. Las reticencias ante la Iglesia son constantes en su libro.

Si como *divertimento* erudito la obra es notable, hacerla trascender de ello no sería más que el origen de una inútil polémica que pronto llevaría —pues son evidentes los datos— a restaurar la verdad histórica. El buen sentido de nuestros hermanos de América habrá, a buen seguro, de evitarlo. La grandeza y el futuro prometedor de aquel continente va por otros rumbos.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA.

C. Alberto Roca: VIDA DEL CARDENAL ARZOBISPO CIRILO DE ALAMEDA Y BREA (*).

Personaje verdaderamente rocambolesco fray Cirilo de Alameda y Brea. Su larga vida —que llegó hasta los 91 años— más parece una novela de aventuras que el sosegado pasar por el mundo de un fraile y de un obispo. Ciertamente que el siglo XIX fue agitado para la Iglesia española y para sus hombres, pero, aun así, la peripecia vital del cardenal Alameda rompe todos los moldes.

Joven franciscano, embarca en días turbulentos de ruptura con la Madre Patria hacia la América que se insurreccionaba. Y, enseguida le vemos en Montevideo dirigiendo un periódico españolista y belicoso. Huye de la capital cuando la derrota española, es cuestión de horas, y surge en el Brasil portugués donde

(*) Montevideo, 1974, 171 págs.